



Narrativas auras y virreinales de la enfermedad

Los filtros mágicos, envenenamientos, enfermedad y médicos en la literatura francesa y su relación con *La vida es sueño* de Pedro Calderón de la Barca

Recibido: 2 de octubre

Aprobado: 26 de octubre

Israel Jiménez Chacón
israeladolfo2@gmail.com
Universidad de Costa Rica

RESUMEN:

El objetivo del trabajo es hacer un recorrido a través de la literatura francesa, con respecto a la obra *La vida es un sueño* de Pedro Calderón de la Barca, a partir de aquellos textos literarios que hacen explícita referencia a los filtros mágicos, los envenenamientos, la enfermedad y los médicos a través de sus personajes. A partir de este recorrido se nota la mala fama que han tenido los médicos porque en variados casos era peor la cura que la enfermedad.

PALABRAS CLAVE: Filtros mágicos, envenenamientos, enfermedad, médicos.

Magic filters, poisoning, illness and medical in French literature regarding *Life is a Dream* by Pedro Calderon de la Barca

SUMMARY:

The aim of this work is to make a journey through French literature and with respect to the work *Life is a Dream* by Pedro Calderon de la Barca in those literary texts that refer explicitly to the magical filters, poisoning, disease and doctors through their characters from the twelfth century. The bad reputation they have had doctors because in many cases the cure was worse than the disease found in literary texts.

KEYWORDS: Magic potions, poison, disease, medical.

Los filtros mágicos han acompañado la literatura desde hace un bastante tiempo. En la segunda mitad del siglo XII (año 1100) hace 915 años, dos autores, Bérout y Thomas, inspirados en una obra anterior, escribieron cada uno por su lado un *Tristan et Iseut*. Una obra en la que un filtro mágico destinado a unir para siempre con un amor eterno al Rey Marcos con su prometida Isolda la Rubia, fue bebido por error por Isolda y Tristan, un fiel caballero de Marcos. Pero los efectos de este filtro mágico son fatales, a pesar de su razón y de su voluntad, a pesar de sus remordimientos y esfuerzos para liberarse de esta pasión ocasionada por el filtro mágico, luchan, se sienten culpables, pero no pueden impedirse gustar la



felicidad prohibida, su amor adúltero. El filtro es la causa misteriosa de esta pasión irresistible. Un día el Rey Marcos prevenido por los Barones envidiosos, sorprende a los amantes y los condena a la hoguera. Sin embargo, Tristan logra escaparse y libera a Isolda quien en lugar de ser quemada, había sido llevada a vivir con los leprosos. Entonces, los amantes, en compañía del escudero Gorneval se refugian en el bosque de Morois.

A mediados del siglo XIII (año 1200), hace 815 años, Joinville quien acompañó al Rey Luis IX en la Séptima cruzada a Egipto, nos muestra el carácter del Rey con el texto: *La lepra y el pecado mortal*. El Rey representa al santo o al héroe y Joinville es el hombre corriente con sus cualidades y debilidades. En este texto el Rey le pregunta a Joinville, durante esta cruzada, en presencia de dos monjes, ¿qué le gustaría más: ser leproso o haber cometido un pecado mortal? Joinville responde que preferiría haber cometido treinta pecados mortales que ser leproso. Luego, el Rey Louis IX aprovechando la respuesta de Joinville le explica que cuando el hombre muere, está sano de la lepra del cuerpo, pero que cuando el hombre quien cometió pecado mortal muere, no sabe, ¿cómo estar seguro?, si tuvo tal arrepentimiento para que Dios lo haya perdonado. También, él debe tener gran miedo de que esa lepra no le dure tanto como Dios esté en el Paraíso. Le dice el Rey: “Yo te ruego pues, dice él, con todas mis fuerzas, que dispongas así tu corazón, por el amor de Dios y mío, que tu ames mejor ver que cualquier desgracia golpee tu cuerpo, lepra o cualquier otra enfermedad, más bien que dejar que el pecado mortal penetre tu alma.” (Lagarde et Michard, Tomo Moyen Âge, 1990, p. 124-125). En otras palabras, es preferible la enfermedad en el cuerpo que en el alma. Con la lepra en el cuerpo va al Paraíso, pero con la lepra en el alma, que es el pecado, no hay seguridad de que vaya al Paraíso, más bien puede ir al Infierno.

Siguiendo en este extenso período que es la Edad Media, luego de 260 años aparece una farsa. A mediados del siglo XV (1460-1465) hace 555 años aparece *La farsa de Pathelin* cuyo autor es desconocido, que luego funda en el habla popular el verbo “patheliner” que significa: hacerse el enfermo. Así fue en esta farsa cómo Pathelin junto con su esposa Guillemette logran engañar al vendedor de telas Guillaume, fingiendo Pathelin que estaba gravemente enfermo. Incluso llega Pathelin a echarle la culpa a los médicos de su estado de salud. Ya todos sabemos que estaba fingiendo y estas son sus palabras para engañar al vendedor de telas:

“Pathélin

¡Ah! Estos médicos me mataron
Con estas mixturas que me hicieron beber;
Y sin embargo hay que creerles;
Ellos te palpan con fuerza como a cera.

Guillemette

¡Qué tirada! Venga a verlo buen señor: (refiriéndose al vendedor de telas
Guillaume)

Él está gravemente enfermo.” (Lagarde et Michard, Tomo Moyen Âge, 1990, p. 174).

Después, comenzando el Renacimiento, en el siglo XVI, hace 515 años Montaigne nos muestra en el ensayo 37 de su segundo libro, su queja por la enfermedad que padece: piedras en el riñón y nos dice: “Yo estoy atrapado con la peor de todas las enfermedades, la más rápida, la más dolorosa, la más mortal y la más irremediable. Yo ya tuve cinco o seis accesos largos y difíciles: sin embargo o me doy ánimos o todavía hay en este estado con qué sostenerse, con el alma descargada del temor de la muerte, y descargada de las amenazas, conclusiones y consecuencias de lo cual la medicina nos llena la cabeza. Pero el efecto incluso del dolor no tiene esta amargura tan áspera y punzante que un hombre centrado debe entrar con ella en rabia y desesperación. Yo tengo al menos este provecho de la enfermedad, que lo que yo no había todavía podido sobre mí para conciliarme completamente y familiarizarme con la muerte, ella lo desarrollará completamente; pues entre más me presione e inoportunamente, menos temeré a la muerte”. (Lagarde et Michard, Tomo XVIe Siècle, 1990, p. 220)

En el Siglo XVII, hace 415 años, hay varios ejemplos en donde se relaciona la medicina con la literatura. En *El Médico de paso* de Molière. Lucile et Valère se aman y quieren casarse. El padre de Lucile, Gorgibus no opina lo mismo y le gustaría que su hija se case con Villebrequin. A manera de protesta, Lucile simula una enfermedad (no se dice cual) y hace venir a Sganarelle, un falso médico cómplice, el sirviente de su querido Valère, que le recomienda retirarse al campo en donde ella se encontrará con Valère. Pero algunos eventos imprevistos van a perturbar este plan. Gorgibus encuentra a Sganarelle sin estar este vestido de médico. Entonces, Sganarelle le dice que él no es el médico, sino Narcisse, su hermano gemelo. Un juego de roles y malentendidos comienza entonces, pero la verdad no podrá ocultarse por largo tiempo.

Sganarelle quien se disfraza de médico y hablando con Valère dice estas palabras contra los médicos: “Ay mi Dios, Señor, no esté en apuros; yo le digo que haré también morir a una persona como cualquier médico que esté en la ciudad. Se dice un proverbio, corrientemente: Después de la muerte, el médico; pero

usted verá que si yo me involucro, se dirá: Después del Médico, cuídense de la Muerte. Pero, sin embargo cuando yo sueño, eso es bien difícil de hacerse el médico; ¿y si no hago nada que valga la pena?”. (Molière, 1866, p. 35-26).

Luego, llega un abogado que se entera que Lucile está enferma y alaba a los médicos: “Señor, según lo que me dijo el señor Gorgibus de su mérito y de su saber, yo tuve la más grande pasión del mundo de tener el honor de conocerlo, y me tomé la libertad de saludarlos, yo creo que usted no lo encontrará mal. Es necesario confesar que los que sobresalen en alguna ciencia son dignos de gran alabanza, y particularmente a los profesionales en medicina, tanto por causa de su utilidad como que ella contiene varias ciencias; lo que hace su conocimiento bastante difícil: y es bastante a propósito que Hipócrates dice en su primer aforismo: Vita brevis, ars vero longa, occasio autem præceps, experimentum, iudicium periculosum, difficile.” “La vida es breve, el arte vasto, la ocasión fugitiva, la experiencia engañadora, el juicio difícil”. (Molière, 1866, p. 43).

También en el *Enfermo imaginario* de Molière se encuentran varias alusiones a los médicos, a sus tratamientos, a su palabrería. Al final del Prólogo de la obra, están las Quejas de la pastora la cual dice refiriéndose a los médicos:

Vuestro más alto saber no es más que pura quimera,
Vanos y poco sabios médicos;
Ustedes no pueden curar con sus grandes palabras latinas
El dolor que me desespera:
Vuestro más alto saber no es más que pura quimera.
¡Lástima! Yo no me atrevo a descubrir
Mi amoroso martirio
Al pastor por el cual suspiro,
Y que solo puede socorrerme.
No pretendas terminarlo,
Ignorantes médicos, ustedes no sabrían hacerlo:
Vuestro más alto saber no es más que pura quimera.
Estos remedios poco seguros de los cuales la gente simple
Cree que ustedes conocen la admirable virtud,
Por los males que yo siento no tienen nada conveniente para la salud
Y toda la habladuría intempestiva solo puede ser recibida
Por un Enfermo imaginario.
Vuestro más alto saber no es más que pura quimera,
Vanos y poco sabios médicos;
Ustedes no pueden curar con sus grandes palabras latinas.
El dolor que me desespera:
Vuestro más alto saber no es más que pura quimera. (Molière, 1993, p. 157-158).

Apenas iniciada la primera escena del primer acto. El actor principal Argan en un monólogo se queja de su apotecario, el Señor Fleurant, diciendo: “es necesario también ser razonable y no estafar a los enfermos.” (Molière, 1993, p. 159). La imagen del verbo utilizado es más bien de arrancarle la piel a los

enfermos, evidentemente, hablando del dinero. En todo este monólogo el Señor Argan despliega todas las ordenanzas médicas de las que ha sido objeto y nos comenta casi al final de su monólogo que el mes anterior tomó doce medicinas y se hizo veinte lavados. Luego, en la Segunda escena del primer acto, en un diálogo entre Argan, el Enfermo imaginario, y Toinette, su criada, ésta le dice: “Este Señor Fleurant (el Apotecario) y este Señor Purgon (el Médico) se pierden bastante bien sobre su cuerpo; ellos han visto en usted una vaca para ordeñarla; y me gustaría preguntarles qué mal tiene usted para hacerle tantos remedios”. En la escena cinco del primer acto, Toinette se sorprende al darse cuenta que Argan pretende casar a su hija Angélique con Thomas Diafoirus, el hijo del Médico Diafoirus y le dice a Argan: “¿Qué? Señor, usted habría hecho este proyecto burlesco? ¿Y con toda la riqueza que usted posee, querría usted casar a su hija con un médico?” (Molière, 1993, p. 167). Las razones de Argan para casar a su hija con un médico son dos. Primeramente, el deseo de Argan de tener un yerno médico y aliados médicos con el fin de tener apoyo para su enfermedad, para tener en la familia la fuente de los remedios que le son necesarios, estando a la altura de las consultas y de las recetas. La segunda razón es la riqueza que aportaría el médico Purgon al matrimonio entre Angélique y Thomas Diafoirus. Argan le dice a Toinette que su médico el Señor Purgon como no tiene herederos pretende dar toda su fortuna a favor de este matrimonio, lo que equivale a ocho mil libras de renta (cincuenta millones de colones actuales al mes). A lo cual Toinette responde que fue necesario que él, refiriéndose al Médico Purgon, haya matado bastante gente para hacerse tan rico. Toinette quién no está para nada a favor del matrimonio de Angélique con el médico discutió con Argan y éste cansado y tirándose en su silla dice que ocupará 10 medicinas y 12 lavados para recuperarse. En el Acto II, escena II Argan le dice a Toinette que el Señor Purgon, su médico le dijo que camine en la mañana en su cuarto, 12 idas y 12 venidas, pero que él olvidó preguntarle si éstas eran a lo largo o a lo ancho del cuarto. (Molière, 1993, p. 192). En el Acto II, escena V el médico Diafoirus padre le comenta a Argan que: “Nosotros estamos en todas nuestras visitas para llevar alivio a los enfermos, y no para aportarles incomodidad” (Molière, 1993, p. 195). En el Acto II, escena V, Toinette, la criada, se burla del joven Diafoirus quien pretende casarse con Angélique y dice: “Vivan los colegios, de donde sale tan hábil hombre” (Molière, 1993, p. 197). Luego, agrega: “Mirá lo que es estudiar, se aprende a decir bellas cosas... Seguramente, será tan admirable si él hace buenas curas como hace buenos discursos” (Molière, 1993, p. 198). Diafoirus describe a su hijo como alguien apegado a los Antiguos, pero tanto así que rechaza el pretendido descubrimiento del siglo con respecto a la circulación de la

sangre. El mismo médico comenta que le es más fácil atender al público que a los ricos que quieren que los sane y entonces Toinette le envía una gran crítica diciéndole: “Es divertido, ellos son bastante impertinentes querer que ustedes (refiriéndose a los médicos) los curen. Ustedes no están para eso, ustedes están para recibir sus pensiones y ordenarles remedios. Ellos son los que deben sanar si pueden” (Molière, 1993, p. 200) En el Acto II, escena VI Argan le pregunta al médico Diafoirus cuántos granos de sal debe ponerle a un huevo y el médico le responde: “Seis, ocho, diez por los números pares; como en los medicamentos por los números impares”. (Molière, 1993, p. 210). Respuesta que por supuesto es una burla para su profesión. En el Acto II, escena VIII Argan afirma que él no tiene solamente el pasatiempo de soñar en su enfermedad. Dándose cuenta que también tiene otros asuntos como sobre el encuentro entre su hija Angélique y Cléante su pretendiente. Por otro lado en el Acto III, escena III, Béralde el hermano de Argan efectúa una acérrima crítica a los médicos diciendo: “Ellos saben, la mayor parte, bellas humanidades, saben hablar en bello latín, saben nombrar en griego todas las enfermedades, definir las y dividir las; pero en cuanto se refiere a curarlas, no saben nada del todo... Ellos saben, mi hermano, lo que le dije, que no curan gran cosa; y toda la excelencia de su arte consiste en un pomposo galimatías, en una espesa habladuría, que te da palabras por razones y promesas por efectos”. (Molière, 1993, p. 220-221). “Casi todos los hombres mueren por sus remedios, y no por sus enfermedades”. (Molière, 1993, p. 222). “En los discursos y en las cosas, son dos tipos de personas vuestros grandes médicos. Escúchelos hablar: la gente más hábil del mundo; véalos hacer: los más grandes ignorantes de todos los hombres”. (Molière, 1993, p. 222-223). En el Acto III, escena IV Béralde continúa: “El gran mal de no tomar una lavativa que el Señor Purgon ordenó. Todavía otra vez, mi hermano ¿es posible que no haya manera de curarlo de la enfermedad de los médicos y que usted quiera estar, toda su vida, envuelto en sus remedios?”. (Molière, 1993, p. 225).

En el Acto III, escena VI Argan dice a su hermano Béralde: “Yo no puedo más. Ya siento que la medicina se venga” (Molière, 1993, p. 228). En el Acto III, escena X Toinette la criada de Argan se hace pasar por un médico y llega a recomendarle a Argan que se corte un brazo y que se saque un ojo. Diciéndole que su médico Purgon es una bestia por todo lo que le ha recomendado comer y Béralde le dice que todos los médicos son así. (Molière, 1993, p. 234). En el Acto III, escena XVI, Argan le da a su hija Angélique en casamiento a Cléante, siempre y cuando éste se haga médico. Entonces, Béralde le propone a su hermano Argan que sea él mismo el que se haga médico, no su yerno, y burlándose de la medicina le dice que para hacerse médico, solamente le basta ponerse la ropa de

médico y con ello todo enredo llega a ser sabio y toda tontera se convierte en sabia. Toinette agrega que la barba hace más de la mitad de un médico. Argan le decía a Béralde que era necesario saber hablar latín, conocer las enfermedades y los remedios que hay que hacer, pero Béralde le dice que recibiendo la ropa de médico aprenderá todo eso y luego será más hábil de lo que piensa. Es más que evidente la crítica a los médicos en esta obra.

También, Boileau asoma su crítica a los médicos en el Siglo XVII con diez versos en el Canto IV de su Arte poética y nos dice:

“En Florencia antiguamente vivía un médico,
Sabio hablador, se dice, y célebre asesino.
Él solo hizo por largo tiempo la pública miseria:
Allá el hijo huérfano le pide un padre;
Aquí el hermano llora a un hermano envenenado;
Uno muere desangrado, el otro purgado;
El resfriado en su aspecto se cambia en pleuresía,
Y por él la migraña es pronto locura.
Él deja al fin la ciudad, por todos lados detestado.
De todos sus amigos muertos uno solo quedó.” (Boileau, 1874, p. 54).

En el Siglo XVIII, en 1759 Voltaire elabora un panfleto contra el jesuita Berthier quien atacaba fuertemente el movimiento de la Enciclopedia en el Periódico de Trévoux, cuyo título es: *La Enfermedad del Jesuita Berthier*. Nos cuenta el panfleto que Berthier iba de camino a Versalles desde París con su hermano Coutu, llevando unos ejemplares del Periódico de Trévoux, de pronto siente unas náuseas, la cabeza pesada y unos frecuentes bostezos, su hermano comenzó a bostezar, el cochero, los que pasaban, y en las casas vecinas también. Sin embargo un pequeño sudor frío se amparó de Berthier y dijo: “Yo no sé lo que me pasa, me siento congelado...Yo me duermo”, dijo Berthier. (Voltaire, 1991, p.182). Su hermano estaba con los mismos síntomas: sudando y letárgico y en este estado se detienen en la puerta de los coches de Versalles. El cochero, abriéndoles la puerta, quiso sacarlos de este profundo sueño, no pudo lograrlo y pidió ayuda. Su hermano dio algunos signos de vida, pero Berthier estaba más frío que nunca. Algunos médicos de la corte, que venían de cenar, pasaron cerca, les rogaron que dieran una mirada al enfermo: uno de ellos tomándole el pulso, se fue diciendo que él no se involucraba más con la medicina desde que estaba en la corte. Otro, habiéndolo considerado atentamente declaró que el mal venía de la vesícula que estaba siempre demasiado llena, un tercero aseguró que todo provenía del cerebro que lo tenía demasiado vacío. Ésta última, por supuesto, es una gran crítica a Berthier por su acoso al Movimiento enciclopedista. Mientras que ellos razonaban, el paciente empeoraba, las convulsiones comenzaban a dar

signos funestos, y cuando los tres médicos se retiraron, apareció un médico principal que había estudiado con Mead (un especialista en venenos) y con Boeshaave (un médico holandés) quien no sabía más que los otros. Otra vez el tema de la ignorancia de los médicos. Entonces, le abrió la boca a Berthier con un biberón, y habiendo atentamente reflexionado sobre el olor que se exhalaba, pronunció que estaba envenenado. Dijo: “Y yo afirmo que este veneno es peor que una mezcla de Cituta (que mató a Sócrates, de paso), la Rosa de Navidad (utilizada para tratar la demencia), opio, hierba mora (muy tóxica, seis frutos pueden matar a un niño), y beleño (otra planta tóxica). ¿Cochero no habrá usted puesto en su carro algún paquete para nuestros apotecarios? –No Señor, respondió el cochero; vea el único paquete que coloqué por orden del reverendo padre. Entonces, buscó en el cofre y sacó dos docenas de ejemplares del Periódico de Trévoux. ¡Pues bien señores!, ¿estaba equivocado? Dijo este gran médico”. (Voltaire, 1991, p. 183). Al final se le administra a Berthier un antídoto enérgico: una página de la Enciclopedia mojada con vino blanco, pero pudo más el veneno del Periódico de Trévoux. Berthier confiesa sus faltas y muere, no sin antes intercambiar algunas injurias con su confesor que es jansenista. Al día siguiente de su muerte, se le aparece a su sucesor, el hermano Garassise, le cuenta su llegada al Infierno y lo invita a abandonar el ataque a la Enciclopedia que lo llevó a la condenación.

Tantas críticas que han sufrido a través de los siglos los médicos y apotecarios, los actualmente, farmacéuticos, en la literatura, pero no solo han tenido críticas, sino también han sufrido en carne propia, que lo diga Charles al ver a su amada Emma envenenada por arsénico en la realista obra de Flaubert del Siglo XIX: *Madame Bovary*, descripción de su muerte que no efectuaré para que no afloren mis lágrimas ante tal realismo.

En el Siglo XX, nos encontramos con la pieza de teatro: *El anuncio hecho a María*, de Paul Claudel y con *Violaine y el Arquitecto leproso*, Pierre de Craon, quien se queja de su condición y nos hace recordar a Montaigne enfermo de piedras en los riñones. Dice Pierre dirigiéndose a Violaine la cual se va a casar con otro y no con él:

“Pero también, Violaine, soy desdichado. Es duro ser leproso y portar consigo la herida infame y saber que no me curaré y que nada puede hacerlo. Pero, que cada día ella gana y penetra, y estar solo y soportar su propio veneno, y sentirse uno vivo corrompiéndose. Y no sólo saboreando a la muerte una y mil veces, pero sin perder nada hasta el final la horrible alquimia de la muerte. Usted me causó este mal por su belleza, pues antes de verla, yo era puro y feliz... Esta

carne enferma no curó al alma afectada”. (Claudel, 2010, p. 219). Pierre reclama su estado de salud tanto de su cuerpo como de su alma. Sufre por su lepra, pero también sufre porque Violaine es de otro. Lo anterior ocurrió en la Literatura francesa, veamos ahora lo que ocurre en la Literatura española.

En la Literatura española, durante el Siglo XVII, resalta la obra de Pedro Calderón de la Barca, donde en su comedia: *La Vida es sueño*, se nos presenta una situación inusual: El Rey Basilio leyó en las Estrellas que su hijo Segismundo iba a ser un mal gobernante; entonces, lo encierra en una torre para que el oráculo sobre él no se cumpla. Aquí es donde interviene la pócima que aunque no es mágica, su efecto sí lo es: Segismundo quien estaba encerrado en una torre, de pronto pasa a ser Rey, y se muestra déspota, evidentemente, nadie le ha enseñado a gobernar; su padre Basilio en lugar de educarlo como príncipe, lo encerró en la torre. Luego, a través de la pócima, administrada por segunda vez, Segismundo llega a su prisión, a su torre, por no saber gobernar y como si el oráculo se hubiese cumplido.

Como lo ordenó el Rey Basilio, Clotaldo, un viejo servidor y fiel del rey le da la pócima por primera vez a Segismundo, el Príncipe encerrado en la torre, para que duerma y despierte en Palacio. Esta pócima es fundamental, porque aunque parezca sin importancia, le pone a Segismundo la duda de si está soñando o no y también prepara su cambio posterior, ya que al comparar cómo actuó la primera vez, cuando supuestamente dormía, cambia para la segunda vez en que bebe la poción, cuando duda también, si lo que vivió la primera vez fue sueño o realidad. Dice Clotaldo al Rey Basilio en la Segunda Jornada, escena I:

“Fue, señor, desta manera.
Con la apacible bebida, que de confecciones llena
hacer mandaste, mezclando
la virtud del algunas yerbas
cuyo tirano poder
y cuya secreta fuerza
así el humano discurso
priva, roba y enajena,
que deja vivo cadáver
a un hombre, y cuya violencia,
adormecido, le quita
los sentidos y las potencias...
No tenemos que argüir,
que aquesto posible sea,
pues tantas veces, señor,
nos ha dicho la experiencia,
y es cierto, que de secretos
naturales está llena
la medicina, y no hay
animal, planta ni piedra

que no tenga calidad
determinada; y si llega
a examinar mil venenos
la humana malicia nuestra,
que den la muerte, ¿qué mucho
que, templada su violencia,
pues hay venenos que aduerman?
Dejando aparte el dudar
Si es posible que suceda,
Pues que ya queda probado
Con razones y evidencias;
Con la bebida, en efecto,
Que el opio, la adormidera,
Y el beleño¹ compusieron,” (De la Barca, 2005, p. 121-122).

Luego, continúa:

“Viéndole ya enfurecido
con esto que ha sido el tema
de su dolor, le brindé
con la pócima, y apenas
pasó desde el vaso al pecho
el licor, cuando las fuerzas
rindió al sueño, discurriendo
por los miembros y las venas
un sudor frío, de modo,
que a no saber yo que era
muerte fingida, dudara
de su vida”. (De la Barca, 2005, p. 124).

El Rey Basilio al ver los desafueros de Segismundo: matar a un criado e intentar matar a Clotaldo, dijo:

“pues aunque agora se vea
obedecido, y después
a sus prisiones se vuelva,
podrá entender que soñó
y hará bien cuando lo entienda,
porque en el mundo, Clotaldo,
todos los que viven sueñan”. (De la Barca, 2005, p. 126).

Así en la Segunda Jornada, escena X dice Basilio:

“Pues antes que lo veas,
volverás a dormir adonde creas
que cuanto te ha pasado,
como fue bien del mundo, fue soñado”. (De la Barca, 2005, p. 148).

Después, en la escena XVIII dice Basilio:

¹ 1 En pueblos primitivos se utilizaba como afrodisiáco, siendo el principal componente de los filtros de amor. (Wikipedia, 2015, Hyoscyamus niger.)

“¡Ay, príncipe desdichado,
y en triste punto nacido!
Llega a despertarle ya,
que fuerza y vigor perdió
ese lotos que bebió”. (De la Barca, 2005, p. 160).

Segismundo se despierta, por segunda vez, después de tomar la pócima nuevamente y aparece preso en la torre. Luego, en la Tercera Jornada una revuelta contra el Rey Basilio saca a Segismundo de la cárcel, de la torre, pero estas dos experiencias que ha tenido gracias a la ayuda del filtro, lo hacen cambiar su manera de tratar a las personas, dándose cuenta que obrar bien es lo que importa. En otras palabras, la influencia del filtro dos veces diferidas, hace que esta trama principal de la obra se desarrolle plenamente y que el final de la obra sea beneficioso para todos, incluso para el Rey Basilio, ya que Segismundo le da su lugar y se pone a sus pies. La pócima sirvió para que Segismundo, no sabiendo si soñaba o no, tomara las mejores decisiones y venciera el oráculo contrario de las estrellas.

La palabra pócima deriva del latín *potio* el cual significa tanto bebida como veneno, esta última acepción es la que tomó en francés: “poison”. Todas estas pócimas, bebidas en unos casos y venenos en otros, son un punto de inflexión de la acción dramática, influye en ella, incluso la determina, siendo así como mediante este recorrido a través de varios siglos, se nos presenta un filtro mágico, que afecta las vidas tanto de los que lo bebieron, como de los que no. Otro filtro, pócima, mixtura, que indirectamente ayuda a Segismundo a vencer un oráculo contrario. Se nos muestra el miedo a la enfermedad de la lepra durante la Edad Media, más miedo a ella que a perder el alma en el Infierno. Se asocia el hacerse el enfermo con el engaño para no pagar una tela. Se nos muestra también, la realidad de la enfermedad en Montaigne o en Pierre de Craon, enfermedad que afecta el Espíritu, el estado de ánimo, además del cuerpo. Se asoma la crítica contra los médicos al convertirse el proverbio: “Después de la muerte, el médico”, a: “Después del médico, cuidense de la Muerte”. Es decir, es peor el Médico que la Muerte. Las acérrimas críticas contra los médicos, tratados de ignorantes, de bestias, de soberbios, de estafadores, de embusteros, hábiles en palabrerías adornadas, o en latín y también los hay sufrientes como Charles Bovary que no puede hacer nada ante el envenenamiento de su querida Emma.

Como lo dijo el Dr. Gerardo Escalante López en su consultorio una vez: “Un médico cura, dos enferman y tres matan”. Cuidémonos nosotros también y como dice Miguel de Cervantes en: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1616) que es su epitafio en el Convento de las Trinitarias de Madrid: “El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el

deseo que tengo de vivir” (Cervantes, 2016, p. 16). Una hermosa metáfora en el último año de vida del genio de la Literatura universal: Miguel de Cervantes Saavedra como ella, otras como la de Argan quién estaba amortajado en sus remedios o cuando dijo que la medicina se venga de él. Bellas entidades vivas son las metáforas, las cuales vuelan más allá de la Realidad y de nuestro interior, embelleciendo el lenguaje, llenándolo de vida, de vívidas imágenes que sacan nuestro pensamiento de lo ordinario y corriente, trasformándolo, trasladándonos y colocándonos en el mundo de las ideas cual crisol de palabra, de significado, de oración, de lenguaje que bulle como un volcán que crea y lanza nueva lava, nuevas metáforas, mientras la vieja lava se catacriza formando parte del suelo, de lo común del lenguaje, de este hermoso edificio que nunca termina de construirse y cuyos ladrillos son las bellas metáforas que conforman la Literatura y que en este caso fueron sobre filtros mágicos, envenenamientos, enfermedad y médicos en la literatura francesa y española.

Bibliografía

Boileau. (1874). *Art Poétique*. Leipzig: C.A. Koch.

Cervantes. (2006). *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*. España: Red ediciones S.L.

Claudé, *La Vierge et l'architecte lépreux*. En : Lagarde et Michard (2010), Tomo XXe Siècle, p. 218-220.

De la Barca. (2005). *La Vida es sueño*. Madrid : Cátedra.

Joinville, *La Lèpre et le peché mortel*. En : Lagarde et Michard (1990), Tomo Moyen Âge, p. 124-125.

Montaigne, *L'Expérience de la douleur*. En : Lagarde et Michard (1990), Tomo XVIe Siècle, p. 220.

Molière. (1993). *Le Malade imaginaire*. Paris: Booking International.

Molière. (1866). *Le Médecin volant*. Paris: E. Dentu.

Voltaire, *La Maladie du Jésuite Berthier*. En : Lagarde et Michard (1991), Tomo XVIIIe Siècle, p. 182-183.

Wikipedia. (2015). *Hyoscyamus niger*. Recuperado de : https://es.wikipedia.org/wiki/hyoscyamus_niger.